

CONCURSO DE MICRORRELATOS - UFV

CULTURA

María Cristina perdió el sentido común cuando se enamoró de Guillermo. Estudiaba Filosofía en Buenos Aires y nunca imaginó que el muchachito de ojos tristes con el que iba a clases de guitarra le haría perder tantas otras de Lógica.

Enfermó de amor en enero de 1954, pero su timidez le impidió declarar sus temblores a Guillermo hasta que ya fue demasiado tarde. En marzo de 1956 el joven mulato emigró a Cuba para unirse a la revolución, y el poco sentido común que quedaba en María Cristina partió con él.

Tal fue el declive de su enfermedad que se encerró con su guitarra en su cuarto durante un año. Para marzo de 1957 había escrito 366 tangos, uno para cada día y otro extra, por si el año era bisiesto. Con la esperanza de recuperar la razón, escondió la declaración de amor más larga y apasionada del mundo en su desvencijada maletita y marchó a aquella región del mundo donde, según sus profesores, pesaba más la cabeza que el corazón: Europa.

Cincuenta años después murió en Madrid sin aceptar que en su ADN prevalecía más la pasión que la

Ilustración. Su única descendencia, aquellos 366 tangos que olían a nostalgia y tabaco, pasaron a disposición de una biblioteca pública. En 2015, Paula, madrileña de corazón recientemente partido, encontró sus letras. Decidió ponerles música y cantar por las dos en los bares menos ilustrados de Madrid.

Gracias a Guillermo mucha gente está empezando a recordar lo que nunca vivió.

OLVÍDATE DE MÍ

Tan propenso era al despiste y al olvido, que al abrir los ojos olvidó que había muerto. Y por cosas de la memoria, tan ocupada en recordarle a uno que ya se acabó la fiesta, este pequeño desliz de olvidarse hasta de su propia muerte arrancó más de un chillido horrorizado entre quienes se habían acercado a la iglesia y esa mañana de domingo.

TE CONTARÉ, MARÍA

Te contaré, María, que te escribo desde esta tierra yerma tan tuya y mía que un día fue fértil. Ya han pasado 25 años desde que te fuiste, y cada vez que labro el campo la memoria me lleva a ti. Dicen que se ha secado el Arroyo de la Madre, y si vieras nuestra alberca vacía te echarías a llorar. Pero te contaré, María, que sigo empeñado en cultivar patatas y calabacines.

Te contaré, María, que, aunque ya no me siente a la mesa contigo, eres tú quien cocina cuando se pone al frente de los fogones nuestra hija. La semana pasada hicimos paella en la lumbre de la huerta, y no solo os parecéis en el arroz: te veo en su pelo rizado, en su decisión y en su fuerza. Te contaré, María, que a veces me enfado con ella porque de mí ha heredado la tozudez; pero nunca me ha dejado solo porque de ti ha heredado la capacidad infinita de amar. Te contaré, María, que las fuerzas me flaquean y no sé cuánto tiempo más podré seguir subiendo la cuesta de la calle Abrevadero.

Pero no tengo miedo a descansar bajo el mármol del Camino Bispo contigo. Eso sí, bajo la sombra de los mismos árboles que el general Gutiérrez Mellado, porque en Villaviciosa de Odón una cosa es morir, y otra muy distinta, doblarse.